VIDA Y ACCIÓN LIBERTARIA DE FRANCISCO DE MIRANDA



CARMEN BOHÓRQUEZ

Vida y acción libertaria de Francisco de Miranda

Vida y acción libertaria de Francisco de Miranda

Carmen Bohórquez

Centro de Estudios Simón Bolívar
MIRANDA Gobernación Bolivariana
4F 1992 - 2022

1.ª edición en Centro de Estudios Simón Bolívar y Gobernación Bolivariana de Miranda, 2022

Vida y acción libertaria de Francisco de Miranda
Carmen Bohórquez

Cuidado de la edición y corrección
Yessica La Cruz

Diseño de portada
Alejo

Diseño y diagramación
Orión Hernández

Avenida Cota Mil. Sede del Centro de Estudios Simón Bolívar, San Bernardino, Caracas

ISBN: 978-980-7975-02-5
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC2022000338

Jamás he creído que pueda construirse nada sólido ni estable
en el país, si no se alcanza antes la independencia absoluta.
Carta de Francisco de Miranda a Home Riggs Popham, 1806

Yo soy y seré perpetuamente un acérrimo defensor de los derechos,
libertades e independencia de nuestra América.
Francisco de Miranda, Londres, 1.º de mayo de 1809

Nace Miranda en Caracas, justo en la mitad del siglo XVIII y su misma vida parecerá encarnar, simbólicamente, esa época de rupturas con el antiguo orden para inaugurar una nueva manera de concebir al mundo y a la sociedad, una nueva manera de saberse humano y una nueva manera de situarse ante Dios y ante la naturaleza. Fue Miranda un verdadero hijo de su tiempo, un ilustrado a carta cabal, un permanente iconoclasta y el más ardiente defensor de la libertad de individuos y pueblos ante cualquier situación de negación o de opresión. Hijo de un comerciante canario, recién llegado a América, y de una criolla descendiente de portugués y canaria, nace un 28 de marzo en una bucólica Caracas; ciudad regida estrechamente en sus costumbres y en su moral por la Iglesia católica y socialmente estructurada, "según la calidad y el origen", en compartimientos estancos que dejaban muy pocas oportunidades a jóvenes que, como Miranda, si bien formaban parte del grupo privilegiado de los blancos, carecían de suficientes recursos económicos como para acceder a determinadas posiciones de poder.

Es bautizado como Sebastián Francisco, pero tal vez por haber muerto un hermano menor llamado Francisco Antonio Gabriel, con quien, dicho sea de paso, los historiadores lo confundieron durante un tiempo, sus familiares terminaron llamándolo Francisco, o simplemente Pancho. Su formación académica, una vez terminado el Curso de Instrucción Primaria, se realiza en la Universidad Real y Pontificia de Santa Rosa, en Caracas, dentro de la más estricta enseñanza escolástica. Sin embargo, es muy probable que ya leyera clandestinamente a Locke, Newton, Spinoza, Leibniz, Descartes y otros pensadores europeos, cuyas obras habían sido prohibidas por la Inquisición. No obstante, su verdadera formación se iniciará una vez que llega a España en 1771, decidido a formar parte del ejército del rey. Vorazmente leerá cuanto libro esté a su alcance y él mismo se considerará un producto de esas lecturas, así como de las experiencias vividas y de lo que había aprendido dialogando con los sabios y otras personalidades de la vida política y cultural de su época.

Miranda embarca en el Puerto de La Guaira, al norte de Caracas, hacia Cádiz el 25 de enero de 1771, luego de finalizado un conflicto que durante dos años mantuvo enfrentado a su padre con el rancio mantuanazgo caraqueño y que dejó a su familia en una incómoda posición económica y con un maltrecho prestigio social. Este viaje, del que no volverá sino casi cuarenta años más tarde, marca la primera de las sucesivas rupturas que modelarán su personalidad y determinarán el curso de su vida. Y es también a partir de ese mismo día que comienza a llevar un registro escrito de sus experiencias cotidianas y a coleccionar cuanta carta o documento tenga que ver, directa o indirectamente, con su persona o con sus proyectos. De Cádiz pasa a Madrid, donde se dedicará a estudiar francés, inglés e italiano, así como matemáticas, geometría, geografía y otras ciencias relacionadas con la carrera militar, en tanto llega el momento de ingresar al ejército real; lo que ocurre dos años después. El dominio de varias lenguas extranjeras, así como del latín y el griego le permitirá leer directamente tanto los autores clásicos como los contemporáneos. Su pasión por los libros hará de él uno de los hombres más ilustrados de su época y el poseedor de una de las más extraordinarias bibliotecas existentes en Inglaterra y tal vez en Europa.

Al momento de ingresar al ejército español, a fines de 1772, nada indica que considere injusta la dominación de España sobre América, pero tampoco que sea un ferviente defensor de la monarquía y de la Madre Patria. Más pareciera una simple escogencia profesional. Diez años sirvió Miranda bajo la bandera española; primero, cumpliendo misiones tanto en las posesiones españolas del norte de África, como en la península y, luego, en América. Determinado a seguir una brillante carrera e impetuoso en su afán de destacarse, su indoblegable voluntad y una creciente autoestima lo llevarán continuamente a ofrecerse de voluntario o a intentar forzar operaciones arriesgadas, lo que le traerá no pocos conflictos con sus superiores, hasta el punto de haber sufrido varias sanciones disciplinarias. Tal vez por salir de él, pues "intentaba subvertir las Leyes del reino con (sus) solicitudes", el conde de O'Reilly, inspector general del ejército, lo autoriza a enrolarse, en abril de 1780, en una expedición que parte a América para unirse a las tropas francesas y apoyar a los norteamericanos en su guerra de independencia contra Inglaterra. Viaja como

ayuda de campo del coronel Juan Manuel Cagigal, quien se convertirá en su mejor amigo y protector.

Es probable que Miranda estuviese vigilado por la Inquisición casi desde su ingreso al ejército, pero la primera orden de arresto en su contra no es emitida sino el 5 de febrero de 1782, cuando ya se encuentra en Cuba. Aunque no se ha encontrado la Sumaria respectiva, los cargos han de haber sido similares a los de su amigo y compañero Manuel Villalta: "delitos de proposiciones, retención de libros prohibidos y pinturas obscenas", así como admiración desmesurada por Voltaire y un inaceptable cuestionamiento de la propia Inquisición. A esta orden siguieron otras, pero afortunadamente para Miranda la lentitud de las comunicaciones en la época y sus continuos desplazamientos le permitirán siempre escapar del brazo del Santo Oficio.

Durante su servicio como soldado español en América, Miranda participó en varias misiones, de las cuales tres merecen destacarse: la toma de Pensacola en mayo de 1781, la de las Bahamas en 1782 y la gestión de un acuerdo de intercambio de prisioneros con los ingleses de Jamaica, que dará pie a graves acusaciones en su contra y se transformará en nuevas órdenes de arresto, las que le llevarán finalmente a desertar del ejército español para preservar su vida y la realización de sus proyectos.

Lo que sí es dable afirmar es que su actuación en toma de Pensacola lo confrontó con una contradicción de grandes repercusiones respecto a sí mismo y al papel que le tocaba representar: actuar como integrante de un ejército imperial, con colonias por doquier, para ayudar a una colonia a liberarse de su propia metrópoli. Reflexiones que más tarde, cuando sí tuvo la ocasión de discutir estos temas con Washington, Adams, Jefferson y otros, se concretarían en la conciencia de que también la América española debía emanciparse de inmediato.

Retomando su paso por el Caribe, durante esos años se multiplicaron las órdenes de arresto en su contra, tanto de parte del Santo Oficio, como del primer ministro José de Gálvez, quien le encausaba por un supuesto contrabando de mercancías desde Jamaica y por otros actos contrarios a las órdenes recibidas; todos los cuales resultaban además potenciados por las desavenencias de Miranda con Bernardo de Gálvez, comandante del ejército español en el Caribe y hermano del primer ministro.

Ante la gravedad de la situación y las pocas probabilidades de que creyeran en sus explicaciones y en las del gobernador Cagigal, sobre lo que verdaderamente había ocurrido durante el intercambio de prisioneros en Jamaica, Miranda decide, burlando a sus perseguidores, embarcarse en un navío norteamericano hacia las costas de Carolina del Norte. Es el 1.° de junio de 1783. En la vida de Miranda se ha producido una ruptura, esta vez con el ejército y el gobierno español, mas no todavía con el rey y la patria española. Seis meses después de su llegada a Estados Unidos, meses durante los cuales se hizo el mejor conocedor de las batallas libradas por las colonias inglesas para obtener su independencia, Miranda comienza a hablar de la imperiosa necesidad de liberar toda la América española y de constituir una inmensa y nueva nación independiente: *Colombia.*

Año y medio permanece en los Estados Unidos, pero la mano implacable de José de Gálvez que aprieta el cerco y su deseo de recorrer el mundo para "completar su educación" a través del estudio del gran libro del Universo, así como su interés por conocer la cuna del pensamiento liberal, le hace embarcar en diciembre de 1784 hacia Londres, a donde llega el 1.° de febrero de 1785. El otro gran proyecto que ahora le acompaña es buscar apoyo financiero y militar para hacer realidad su sueño libertario. Con ayuda de amigos que ha ido haciendo gracias a su inteligencia y a su cautivante personalidad, Miranda se instala en Londres. Seis meses después iniciará un largo periplo que le llevará durante cuatro años a recorrer prácticamente todo el continente europeo y parte de Asia, siempre con el Estado español pisándole los talones. Su *Diario de viajes* es el mejor compendio de esta enriquecedora y accidentada aventura, de la cual lo más importante a destacar es la extraordinaria publicidad que le dio tanto a la América hispana y a las condiciones de opresión en que allí se vivía, como a su proyecto de emancipación.

Fue el primer sudamericano en visitar la ignota Rusia y otros lejanísimos lugares. Reyes, príncipes, zarinas, sabios y artistas conocieron por primera vez por boca de este hombre de las inmensas riquezas de América, de la inteligencia de sus habitantes y de la injusta situación que les impedía ocupar en el mundo el sitial que merecían. Pero si este periplo permitió deshacer en muchos la idea de un dominio incuestionable

de España sobre sus territorios de ultramar, también proyectó internacionalmente la figura de Miranda como el hombre que podía resquebrajar dicho dominio. Tanto así, que el propio gobierno español arreció la persecución y envió órdenes a sus representantes en el mundo entero de intensificar la vigilancia y de arrestarlo *ipso facto.* Afortunadamente, los amigos que va dejando en el camino le protegen, le proporcionan salvoconductos o pasaportes con nombres falsos y no pocas veces le ponen sobre aviso de inminentes planes de captura. Este conjunto de situaciones, recogidas incluso por la prensa de la época, contribuyó sin duda a hacer de Miranda un personaje un tanto mítico y un prototipo de conspirador. Hacia la última década del siglo XVIII, su resistencia ante el poder español le había convertido en un símbolo de libertad, y para aquellos que en América habían comenzado también a pensar en la independencia de las colonias hispanoamericanas, Miranda fue el modelo a imitar y el maestro a escuchar.

En Italia, Miranda conoce al exjesuita Esteban Arteaga, quien le proporciona una lista de los integrantes de la Compañía de Jesús que se han exiliado en Bologna. De regreso en Londres, Miranda entrará en posesión de los documentos dejados por Juan Pablo Viscardo y Guzmán, jesuita peruano expulso como todos, entre los cuales la célebre "Carta a los españoles americanos", que Miranda publicará luego por primera vez tanto en francés (1800), como en español (1801), y hará circular por toda América como parte de su campaña para convencer y organizar a sus compatriotas para la emancipación. De estas relaciones de Miranda con los jesuitas también se ha especulado mucho, pero poco se sabe de cierto. He aquí un buen campo de investigación para los historiadores.

Concluida esta etapa de viajes y de regreso en Londres, emprende de manera decidida lo que él mismo calificó de "negociaciones" con el gobierno inglés, con el propósito de organizar una expedición armada contra la dominación española en América. Al mismo tiempo, decide poner punto final a su ambigua relación con el Estado español. Será la segunda gran ruptura en su vida. Para ello, dirige una Representación a Carlos IV en la cual le hace un recuento de las "injusticias, calumnias y atropellamientos" a que ha sido sometido y le participa su decisión de

renunciar definitivamente a la nación española y escoger una nueva patria que le "trate al menos con *justicia* y le asegure la *tranquilidad civil*". Por el momento esa nueva patria será Inglaterra, luego Francia, pero su corazón y su mente ya habitan la nueva patria a construir: Colombia.

Las negociaciones con Inglaterra fueron largas, contradictorias e infructuosas. El 27 de marzo de 1790 le presenta al primer ministro inglés William Pitt, su primer "Plan para la formación, organización y establecimiento de un gobierno libre e independiente en América meridional". A cambio del apoyo financiero y militar, Miranda le ofrece a Inglaterra preferencias comerciales, participación en el aprovechamiento de las riquezas americanas y la posibilidad de construir un canal de navegación en el istmo de Panamá. Vale destacar que no fue Miranda el primero en solicitar apoyo británico para un intento de levantamiento en la América hispana. Por el permanente enfrentamiento de Gran Bretaña con España, era lógico que se acudiera al gobierno inglés como posible aliado contra la permanencia de ésta en América. Cierto es que algunos de esos proyectos habían sido presentados por aventureros y por políticos ingleses con fines expansionistas, pero otros sí provenían de americanos que se rebelaban contra el gobierno español. Se habla, por ejemplo, de algunos criollos mexicanos en 1742, del marqués d'Aubarède en 1766, de Antonio Prado en 1782, de Luis Vidal o Vidale en 1784 y de Francisco Mendiola en 1785, aunque de esto sólo existen vagas referencias. Mejor documentados encontramos los planes presentados por el jesuita Juan José Godoy y por el propio Viscardo.

Sin embargo, aun cuando se pudieran comprobar fehacientemente todos estos intentos, hasta ese momento nadie se había planteado otra cosa que no fuera la liberación de una determinada localidad o provincia. Es Miranda el primero en asumir el hecho colonial como tal y en pretender acabar definitivamente con el sistema de opresión global instaurado por España en América. Y para ello, no sólo se ocupará de trazar los planes estratégicos que militarmente lo hagan posible, sino sobre todo de fundamentar teóricamente la necesidad impostergable de dicha acción; lo que revela por primera vez también la existencia de una clara conciencia de América como entidad irreductible y de pleno derecho en la búsqueda de su independencia.

Las relaciones de Miranda con Inglaterra se dan en dos períodos diferentes. El primero entre febrero de 1790 y marzo de 1792, fecha en la cual Miranda, decepcionado por las inconsecuencias del primer ministro William Pitt, deja Londres para ir a ofrecerle su proyecto a la Francia revolucionaria. El segundo comienza en 1798 cuando decepcionado y perseguido por la Francia revolucionaria, retorna a Londres buscando nuevamente la ayuda de Pitt. Este segundo período, durante el cual Miranda se convierte en el centro de las actividades conspirativas contra España, se extiende hasta 1810, con una interrupción de dos años en la que busca el apoyo de los Estados Unidos y arma la primera expedición libertadora que se da en América.

Entre 1792 y comienzos de 1798 permanece, como ya dijimos, en Francia y no mantiene ninguna relación oficial con Inglaterra. No se crea que Miranda actuó inocentemente en estas negociaciones con una u otra potencia. Numerosos textos muestran que estaba plenamente consciente de los peligros que encerraba la eventual ayuda de estas naciones, tanto por lo que respecta a las apetencias de dominación política y económica sobre otros territorios, como por el peligro de que pretendieran, como en el caso de Inglaterra, actuar contra la religión católica, ya practicada por toda la población americana. Es por ello que se cuida de hacerles saber constantemente que "(sus) únicos objetivos son y serán siempre promover la prosperidad de (su) propio país (Sur América) excesivamente oprimido" y que jamás actuará contra España como no sea en aras de la independencia de América. No es esto lo que pensaba el gobierno inglés, el que parece querer ayudarlo cuando una posible intervención en América favorece su posición ante las otras potencias europeas, pero se desinteresa de él tan pronto alcanza sus objetivos.

En Francia no le fue mejor, a pesar de que tuvo un rol protagónico en los cambios revolucionarios que allí se sucedían. Miranda llega a la convulsionada Francia en marzo de 1792 con la intención de permanecer en ella sólo unos meses, pero el curso de los acontecimientos prolongará su estadía hasta enero de 1798. Durante ese tiempo será designado general del ejército francés, participará activamente en la vida política de esa nación y también será víctima de las persecuciones que la inestabilidad del poder reservaba en esos momentos a todos los que participaban a

favor o en contra, directa o indirectamente, en el proceso revolucionario. Tan pronto llega a París, Miranda se pone en contacto con los que ejercen el gobierno en ese momento, a fin de darles a conocer su proyecto de emancipación para las colonias españolas en América y para hacerles prometer que en el caso de extender la revolución fuera de las fronteras francesas, la prioridad de toda tentativa sobre América le debía ser exclusivamente reservada.

La reacción monárquica que se extiende en Europa por la prisión de Luis XVI obliga a la revolución a prepararse militarmente para defender sus conquistas. Se pide entonces a Miranda, dada su experiencia militar, que se incorpore al ejército revolucionario, ofreciéndole el grado de mariscal de campo. Miranda acepta con la condición de recibir un salario durante la guerra y un empleo después de ella, así como el compromiso de Francia de ayudarlo luego a realizar su proyecto emancipador.

Este acuerdo renueva sus esperanzas y lo lleva a preparar un *Manifiesto para nuestra Independencia*, dirigido a sus compatriotas y cuyo borrador envía al diputado Armand Gensonné el 10 de octubre de 1792. Tal vez Miranda no imaginó la celeridad con la que se le iba a presentar la oportunidad con la que tanto soñara, ni mucho menos que se viera obligado a rechazarla. A fines de noviembre, el diputado Jacques Pierre Brissot le propone encabezar una expedición a Santo Domingo, donde sería nombrado gobernador de la parte francesa y desde donde podría armar su expedición, y comenzar a extender la libertad en América. Pero antes de pasar a Tierra Firme, debía poner fin a la revuelta de esclavos que sacudía la isla y, una vez pacificada ésta, Miranda podría entonces proceder a la ocupación y liberación de las posesiones españolas colocándose a la cabeza de un ejército de 12 mil hombres de tropa y 15 mil mulatos reclutados en la misma isla. Miranda rechaza rotundamente esta propuesta, pues se da cuenta de que se intenta sustituir una dominación por otra; además de que se le quiere colocar en el incómodo papel de agente francés. Actitud que prueba una vez más la firmeza de sus convicciones y la conciencia profunda que tiene de lo que significa realmente emancipar las colonias hispanoamericanas.

La negativa de Miranda, así como la celeridad con la que se suceden los acontecimientos, obligan a Francia a aplazar este proyecto contra la

rebelión de los esclavos en Saint-Domingue. Luego vendría la derrota de Neerwinden (18 de marzo) que obliga a los franceses a evacuar Bélgica y que será atribuida injustamente a Miranda. Acusado de traición, será llevado a prisión aunque por poco tiempo, pues pudo probar fehacientemente su inocencia gracias a su inveterada costumbre de conservar cuanto documento cayera en sus manos y con ellos demostrar que el verdadero responsable había sido el general Charles Dumouriez, comandante del Ejército del Norte.

La caída de los girondinos, con quienes Miranda simpatizaba, lo lleva de nuevo a prisión en julio de 1793, esta vez por dieciocho meses. Irónicamente será acusado de ser un agente de España y de conspirar para restaurar la monarquía. La caída de Robespierre en julio de 1794, que pone fin al Periodo del Terror, le salva de la guillotina. Sin embargo, permanecerá encarcelado hasta enero de 1795. Una vez en libertad, se incorpora de nuevo a la vida política francesa y permanecerá en esa nación tres años más.

En julio de 1795, publica en París un folleto en el que da su opinión sobre la situación de Francia y desarrolla "algunos principios concernientes a la libertad civil y política de los pueblos", así como algunas ideas económicas, y establece las bases de un gobierno republicano. Dos años y medio más tarde, a punto de abandonar subrepticiamente el territorio galo para evitar ser enviado de nuevo a prisión, escribe la llamada *Instrucción* o *Acta de París*; documento en el que figura como "Agente de las Colonias Hispanoamericanas", designado por una supuesta "Junta de los Diputados de las ciudades y provincias de la América Meridional", pero que a nuestro juicio fue ideado por el propio Miranda para darle mayor soporte a las peticiones de ayuda que nuevamente haría a Inglaterra y en las que sería nuevamente defraudado. No por ello, sin embargo, este documento deja de ser valioso en tanto recoge sus ideas sobre la integración americana y el papel que podría jugar en el mundo esta América unida.

En 1801, Pitt es sustituido como primer ministro de Inglaterra por Henry Addington y Miranda se apresura a exponer sus proyectos ante el nuevo gabinete. Addington se muestra en principio dispuesto a ayudarlo y le pide que presente un proyecto de gobierno provisorio y un proyecto de gobierno constitucional, los que Miranda ya debía tener listos pues

se los entrega dos días después. Entusiasmado con lo que ahora sí parece un decidido apoyo de Inglaterra, redacta su *Proclama a los Pueblos del Continente Colombiano, alias Hispano-América*. Este documento es el primero en otorgarle públicamente un nombre, incluso una identidad a la América Meridional, diferente a todos los nombres impuestos por la colonización. Pero cuando todo está prácticamente listo para que la expedición zarpe, Inglaterra hace las paces con Francia y, por ende, con España, y suspende el proyecto; lo que sume a Miranda en un "estado de desolación e incertidumbre".

Los continuos fracasos lo llevan a la conclusión de que ninguna potencia está dispuesta a sacrificar nada por otras entidades a no ser que le resulte beneficioso, y por tanto que sólo el esfuerzo propio permitirá encontrar vías concretas para hacer realidad el proyecto emancipador. Así, el 31 de agosto de 1805, se embarca hacia Nueva York, donde espera obtener el apoyo de varios de los amigos que hizo durante el tiempo que allí estuvo, y también intentará lograr alguna ayuda del gobierno norteamericano. Pero de nuevo recibe una respuesta negativa, por lo que sin ayuda oficial y con el dinero que él mismo recabó antes de partir en Londres, por la hipoteca de su propia biblioteca, más 10 mil libras esterlinas en cartas de crédito contraídas con amigos ingleses, se decide a organizar por sí mismo una expedición armada, la primera en toda la América hispana, con el propósito de emancipar, en primer lugar, la Provincia de Venezuela y, luego, extender la acción hacia la Nueva Granada, México y el resto de América. Esta expedición de 1806, aunque contó con apoyo adicional en soldados y naves por parte de algunos almirantes ingleses surtos en el Caribe, resultó finalmente en un completo fracaso; no sólo porque las tropas españolas estaban en alerta, gracias a la estrecha vigilancia que mantenían sobre sus pasos, como por la ausencia total de apoyo de parte de la propia población; esa misma que Miranda imaginaba deseosa de libertad, pero que, además de amenazada con excomunión y pena de muerte si salía a apoyarlo, también se sentía aún orgullosamente cristiana y fiel vasalla.

Volviendo a sus años en Inglaterra, debemos destacar que no todo fue un fracaso durante su estadía en ese país. A partir de su regreso de Francia en 1798, sus actividades políticas comenzaron a estar cada vez

más relacionadas con las de otros americanos, tanto de forma personal con los que allí llegaban, como a través de cartas enviadas a las distintas capitales de provincias en América; creando de este modo una especie de red de patriotas que extendiéndose en ambos lados del Atlántico, va a intentar acelerar una emancipación que para algunos comenzaba a hacerse inminente.

Entre estos americanos, el primero en colaborar con Miranda es el cubano o peruano Pedro Caro, quien luego lo va a traicionar vendiendo información sobre sus actividades al gobierno español. Igualmente, el neogranadino Pedro Fermín de Vargas trabajará con Miranda durante cuatro años, llegando incluso a viajar a América en misión de propaganda y de coordinación con otros patriotas, así como para recoger información sobre el estado de las colonias. Es probable también que Antonio Nariño haya discutido con el Precursor sus ideas emancipadoras, y bien sabido es que el joven Bernardo Riquelme, más tarde Bernardo O'Higgins, se haría revolucionario a su lado. Otros nombres de ilustres americanos pueden ser igualmente agregados, como por ejemplo Manuel Gual, uno de los primeros también en proponer para la Provincia de Venezuela un gobierno republicano. Sin embargo, más que dar nombres, quisiéramos subrayar este empeño de Miranda en lograr la conjunción de esfuerzos de todos los patriotas americanos, así como su convencimiento de que el movimiento debía producirse de manera concertada y al unísono: "… un movimiento parcial podría dañar la masa entera".

Como una manera de coadyuvar a este movimiento global y de profundizar la conciencia revolucionaria, Miranda se dedica en Londres, luego del fracaso de su expedición sobre las costas de Venezuela en 1806 y en momentos en que ve llegada la ocasión propicia para levantarse contra España, dedicada como estaba en luchar contra la ocupación napoleónica, a convencer por todos los medios posibles a sus compatriotas de que ha llegado la hora de dar el paso decisivo hacia la libertad. Para esta campaña utilizará diversas vías. Así, dirige numerosas cartas a los miembros de los Cabildos de las principales ciudades sudamericanas, a fin de instarlos a que declaren de una vez la independencia absoluta. Lo mismo va a hacer con sus agentes en América del Sur, a quienes les pide que comiencen sin demora a organizar al pueblo y a presionar por la independencia.

Además de esta intensa actividad epistolar, Miranda emprende simultáneamente una campaña pública a través de la prensa y la edición. Aunque su nombre no va a aparecer casi nunca como autor, colabora estrechamente con William Burke en la publicación, en 1808 y 1809, de dos libros en los que se argumenta a favor de una inmediata independencia de las colonias hispanoamericanas y en donde se hace una apología de Miranda y sus proyectos; anexando en uno de ellos la traducción al inglés de la Carta de Viscardo. De la misma manera, trabaja con el filósofo inglés James Mill en un ensayo del mismo tenor que será publicado en enero de 1809 por *The Edinburgh Review*. Unos meses más tarde, en la misma revista, Miranda publica otro ensayo, esta vez sí como autor, sobre la *Historia natural de Chile* y la *Historia civil de Chile*, atribuidas al abate Molina y publicadas en Bolonia en 1782 y 1787, respectivamente, y donde aprovecha para subrayar las riquezas de América y evaluar las consecuencias que sobre el destino de este continente pueden tener los acontecimientos de España. Dos años más tarde aparecerá el libro de José María Antepara *La emancipación suramericana*, en el que resulta sobremanera patente la mano de Miranda. Sin embargo, su obra más impactante será la publicación de *El Colombiano*, primer periódico independentista que se publica en Europa y que aparecerá cada quince días entre marzo y mayo de 1810, con el objetivo de dar a conocer a los habitantes del Nuevo Mundo "el estado de cosas de España para, según las ocurrencias, tomar el partido que juzguen conveniente en tan peligrosa crisis".

Este periódico no estaba hecho para venderse en Londres, sino para ser enviado a América, como una manera de romper la censura, de demostrar la ilegitimidad de las Cortes y de convencer a los americanos de que la única alternativa era declarar la independencia definitiva. Se ha documentado su recepción en Caracas, Cartagena, Buenos Aires, Valparaíso y Trinidad. Igualmente hay referencias de su envío a Veracruz, México, Río de Janeiro y La Habana. Basándose en este hecho, algunos historiadores llegan incluso a atribuir al rol difusor y unificador jugado por Miranda la similitud y simultaneidad con las cuales se produjeron los movimientos emancipadores en América.

Producidos los primeros movimientos autonómicos en Caracas y Buenos Aires en 1810, Miranda, pleno de entusiasmo, comienza a preparar

su regreso a América. Inglaterra se resiste a concederle pasaporte, por cuanto se ha aliado a España en su lucha contra los franceses. En julio de 1810 Bolívar, acompañado de Luis López Méndez y Andrés Bello, llega a Londres en misión diplomática de la nueva Junta de Gobierno para solicitar el apoyo británico. Lleva instrucciones de mantenerse lejos de Miranda, ese hereje aventurero al que cuatro años antes los mantuanos de Caracas quisieron ver reducido a cenizas por pretender romper "el dulce yugo de la obediencia al Rey". Sin embargo, las circunstancias obligan a Bolívar a buscar la ayuda del hereje para que los introduzca ante el gobierno inglés. Varios meses pasan juntos Bolívar y Miranda en Inglaterra y fácil es imaginar que no hubo tema que no tocaran ni idea que no discutieran. Muchas ideas de Miranda quedaron tempranamente sembradas, como en tantos otros, en el alma de Bolívar.

En diciembre de 1810, cuarenta años después de haber zarpado hacia Cádiz y a pesar de la resistencia de la Junta por aceptar su regreso, Miranda desembarca en La Guaira. Muchos de los integrantes de la Junta de Gobierno, entre ellos su presidente José de las Llamozas, hubiesen preferido que se mantuviera distante; tal vez para no tener que recordar su propia actuación durante el juicio y posterior ejecución de los soldados que acompañaban a Miranda en 1806 y que fueron capturados en el primer intento de desembarco.

La acogida por tanto no será muy agradable. Se le marcan de inmediato los límites que no debe traspasar. Se teme al radicalismo de sus ideas y de sus acciones. Se le considera un jacobino, un agente inglés, un ateo, un hombre perverso y un traidor al rey de España, al cual la Junta le ha jurado fidelidad. Sin embargo, no todos piensan igual. Un grupo de jóvenes, entre los que se encuentra Bolívar y que comulgan con los ideales republicanos venidos de Francia y de los Estados Unidos, abogan por que se proclame la independencia absoluta. La presencia de Miranda va a galvanizar esas fuerzas emergentes, portadoras de nuevas referencias, hasta lograr que sean lo suficientemente fuertes como para imponer la ruptura total con el antiguo orden.

La Sociedad Patriótica será el instrumento que les permitirá alcanzar ese objetivo, y es allí donde Miranda va a encontrar el espacio político que los criollos le niegan. Ninguna de sus ideas, ni sus planes de

gobierno, ni sus proyectos constitucionales parecen interesar a la élite criolla. Peor aún, son tratados con burla y desprecio. La experiencia política acumulada en tantos años de vida cortesana, sus vastos conocimientos, sus innumerables esfuerzos y sus sacrificios constantes en pro de los cambios que se están sucediendo, nada de eso parece tener valor alguno para los que han asumido la conducción del futuro de la Capitanía. Sólo cuando sale electo diputado al Congreso por la provincia de Barcelona, en junio de 1811, puede Miranda participar directamente en la toma de decisiones trascendentales. Su presencia en ese Congreso y la presión de la Sociedad Patriótica fueron determinantes para que los diputados se vieran obligados a declarar finalmente la independencia, el 5 de julio de 1811. Podemos imaginar los sentimientos que embargaron a Miranda ese día. Cinco meses después se promulgó la primera Constitución de la República de Venezuela y la primera también en Hispanoamérica. Tal vez contra la voluntad de algunos, en ella ya se puede ver que algunas ideas de Miranda habían quedado sembradas y comenzaban a germinar, particularmente su idea de marchar hacia la independencia total de la América española y hacia la construcción de una única patria: Colombia.

Lo que siguió después es más conocido. Esa Primera República, calificada de boba, no fue más que el escenario donde comenzaron a ventilarse todas las contradicciones que el dominio colonial había mantenido represadas. Cuando comienza la reacción realista, no hubo unidad de criterios en cuanto a la forma más efectiva de enfrentarla. Sería muy largo analizar aquí las causas que llevaron esta primera experiencia al fracaso, aunque algunas razones las explica Bolívar en el *Manifiesto de Cartagena*.

En líneas generales, las consecuencias del terremoto de 1812, que destruyó gran parte de las fuerzas patriotas, la falta de numerario, las contradicciones de clase, la lucha por el poder, la desconfianza y la traición potenciaron la reacción realista. El caso es que ante la inminencia de una posible derrota y no queriendo nadie asumir el mando de las tropas patriotas, los mantuanos se ven obligados a recurrir a la experiencia militar de Miranda. Investido de plenos poderes y nombrado Generalísimo primero, Dictador después, Miranda comienza a organizar un ejército unificado para enfrentarse a las tropas realistas, comandadas por Monteverde. Tarea prácticamente imposible ante una tradición de milicias locales

y de provincias aisladas, a las que sólo parecían importarle sus propios intereses. Por otra parte, la dificultad en hacer cumplir sus órdenes por la animadversión que muchos le seguían profesando, el levantamiento de los esclavos negros y, finalmente, la pérdida de la plaza fuerte de Puerto Cabello, defendida por el joven Bolívar, obliga a Miranda, en julio de 1812, a capitular ante Monteverde.

Luego de la capitulación, Miranda y varios oficiales se dirigen al puerto de La Guaira con la intención de embarcarse hacia las islas vecinas o países cercanos para reorganizarse y reemprender la lucha. Pero la noche del 30 de julio, en circunstancias todavía no bien explicadas, Miranda es detenido por un grupo de jóvenes oficiales, entre los cuales Bolívar, y entregado a los españoles. Es encerrado primero en el castillo de La Guaira, días más tarde es llevado a la fortaleza de Puerto Cabello, donde es mantenido encadenado y en condiciones espantosas. Luego será llevado a Puerto Rico y, finalmente, a la fortaleza de La Carraca, cerca de Cádiz, donde le sobreviene una apoplejía el 25 de marzo de 1816, en vísperas de una fuga que ya tenía concertada, para finalmente morir el 14 de julio de ese mismo año, a los sesenta y seis años de edad.

Pero ni siquiera en prisión este hombre dejó de luchar por la justicia y la libertad. Fueron varios los documentos que dirigió a las diversas autoridades españolas, incluidas las Cortes y al propio rey Fernando VII, luego de su retorno al poder. En ellas denuncia los crímenes cometidos por Monteverde contra la población venezolana; exige, basándose en la igualdad de derechos entre americanos y españoles proclamada por la naciente Constitución liberal, la libertad de los prisioneros. Otras veces se siente derrotado y entonces clama por la reconciliación de toda la nación española. Pero ni aun esos momentos de desánimo lograron doblegar su espíritu de lucha. Un plan de fuga siempre estuvo en su cabeza, y en su corazón siguió estando presente el sueño de una patria libre e independiente, hasta el punto de estar siempre dispuesto a ofrendarle su dolor:

"*Yo sufro con paciencia esta abominable injusticia, porque ella debe tornarse en beneficio de mi patria, cuyos intereses me han sido siempre tan caros*" (1815).

Publicado por el Centro de Estudios Simón Bolívar
en marzo de 2022
Caracas, Venezuela

Vida y acción libertaria de Francisco de Miranda

En este breve recorrido por la vida del **Generalísimo Francisco de Miranda** (1750-1816), Carmen Bohórquez hilvana momentos clave de su biografía y detalla los inicios de su aporte para el proceso emancipatorio de América. Más que un itinerario, se describen también las circunstancias sociales y económicas que marcaron la vida excepcional de Miranda, caracterizada por su vocación militar y a la vez su formación ilustrada, que lo llevaría a ser uno de los hombres más cultos de su época. Si bien ya las ideas independentistas tomaban forma en varios puntos del continente, fue el primero en reconocer lo nocivo del sistema colonial y en pretender la liberación definitiva de América del yugo español.

Carmen Bohórquez

Doctora en Estudios Ibéricos y Latinoamericanos por la Universidad de la Soborna. Maestría en Filosofía por la Universidad de Michigan. Licenciada en Filosofía, mención Summa Cum Laude (LUZ). Profesora titular emérita de la Universidad del Zulia. Coordinadora de la Maestría en Filosofía (LUZ). Profesora visitante de las universidades de Cuba y El Salvador. Integrante de la *Comisión Presidencial para el Bicentenario de la Expedición Revolucionaria de Francisco de Miranda*. Ha sido Jurado del *Premio Libertador al Pensamiento Crítico*. Coordinó la *Red de Intelectuales y Artistas por la Defensa de la Humanidad*. Es merecedora del *Premio Nacional de Cultura*, *Mención Humanidades*, y del *Premio Nacional de Historia 2019*.

Centro de Estudios Simón Bolívar

MIRANDA Gobernación Bolivariana

ISBN: 978-980-7975-02-5

9 789807 975025